

Rosa

Contiene

Cuentos para niños.
 Concursos.
 Poesías.—Historietas.
 Pasatiempos.
 Colaboración infantil.
 Croniquilla.
 Cuentos y Leyendas
 regionales.
 Crítica y Efemérides.
 Correspondencia.

Todo
 para
 niños

Brenesca

Azul

15 Centimos

INTERESANTE.—Véase regalo en la plana 2.^a de la cubierta.

REGALO

Al elevar á quince céntimos el precio de *Rosa y Azul* ofrecíamos ir mejorando las condiciones de la publicación, sin decir en qué consistían las mejoras, porque nos agrada más dar que ofrecer. Algunas de las reformas ya se han introducido, y á diario recibimos cartas en que las aplauden. Hoy, deseosos de corresponder al creciente favor que el público nos dispensa, ofrecemos como regalo un

MAGNÍFICO MAPA DE ESPAÑA

estampado en una de las principales casas litográficas de Suiza. Tanto por su tamaño, 100 por 75 centímetros, como por la finura de los colores, el papel y los tipos de letra que se han empleado para la estampación, hacen del

MAPA DE ESPAÑA

un medio de instrucción para los niños y un objeto digno de figurar en todos los Colegios, Despachos y Oficinas.

A todos los que se suscriban por un año, con el envío de los ejemplares haremos la remesa del mapa, debiendo remitir 25 céntimos los que deseen recibirle certificado.

Y á fin de que el regalo llegue también á manos de los que compran *Rosa y Azul* en los puestos, desde este número insertaremos un cupón-regalo, y haremos entrega del mapa á todo el que nos presente 52 cupones con la numeración correlativa.

Precio de venta del mapa: 3 pesetas en toda España.

Véanse en la plana tercera los precios y boletín de suscripción.



LA otra tarde me fijé en una barraca de esas que la autoridad debiera prohibir, tanto por lo que á

la salud perjudican, cuanto por ser impropias exhibiciones de una población culta. Enclavada en un solar y construída malamente, ostenta un gran cartelón, con churriguerescas figuras, donde se anuncia el espectáculo. Junto á la puerta de entrada, un organillo lanza al aire sugestivas sonatas, y una pareja de niños (¡siempre las criaturas víctimas de la infame explotación!), vestidos con carnavalescos trajes, pasean sus traqueteados cuerpecitos atrayendo al público. A la parte de afuera, algunos pequeñuelos, libres de las trabas á que los otros están sujetos, los contemplan con cierta envidia; que es condición de la humanidad admirar á los que se diferencian del común de las gentes, ya sea el torero que tiene su vida entre las astas del toro; ya el artista que rizando el rizo, esa invención de la moderna barbarie, se estrella

en la pista del circo... Dentro de la barraca, falta de aire, de luz, de higiene; esas cosas tan necesarias para que los niños se desarrollen.

El espectáculo lo constituyen una sección de fantoches y bailables ejecutados por la infantil pareja. Las sevillanas, la jota, la gallegada... Y el pequeño público pide siempre más, y los niños bailan y bailan como si para ellos la vida fuese un eterno baile.

Yo no sé si esos niños serán hijos de los que en tal trance los ponen; es más: me cuesta trabajo creer que así sea. Lo que desde luego afirmo es que, como padres ó como extraños, resultan unos explotadores que maldito si hacen caso de las leyes protectoras de la infancia.

Esos niños, por su edad y por su desarrollo físico, debieran estar en la escuela aprendiendo á ser buenos ciudadanos, y de no tener medios para cosa mejor, disponiéndose á tomar un oficio con que subvenir á sus necesidades; y si no tienen padres, en un asilo, que para eso son. Porque tanto monta tener á los niños voceando periódicos hasta las tantas de la noche, como exhibirlos en un barracón, haciéndolos bailar y bailar como si fueran un fantoche más de la colección de muñecos de trapo.

BEBÉ.

SANGRE ROMAÑOLA

(Conclusión.)

POBRE abuela, que siempre te ha querido tanto, que noches y noches enteras te mecía en la cuna cuando eras niño de pocos meses y que no comía por entretenerte: ¡tú no sabes! Lo decía siempre: «¡Este será mi último consuelo!» ¡Y ahora me haces morir! Daría de

huerto. Pero no comprendió si eran las maderas sacudidas por el viento ú otra cosa.

Puso el oído alerta.

La lluvia azotaba los cristales. El ruido se repitió. La abuela le oyó también.

—¿Qué es?—preguntó turbada, después de un momento.

— La lluvia — murmuró el muchacho.

—Por consiguiente, Federico—dijo la vieja enjugándose los



buena voluntad la poca vida que me resta por ver que te habías vuelto bueno, obediente, como en aquellos días... cuando te llevaba al Santuario. ¿Te acuerdas, Federico, que me llenabas los bolsillos de piedrecillas y hierbas, y yo te volvía á casa en brazos, dormido? Entonces querías mucho á tu pobre abuela; ahora, que estoy paralítica y que necesito de tu cariño, como del aire para respirar, porque no tengo otro en el mundo, una pobre mujer medio muerta... ¡Dios mío!...

Federico iba á lanzarse hacia su abuela, vencido por la emoción, cuando le pareció oír ligero rumor, cierto rechinamiento en el cuartito inmediato, aquel que daba sobre el

ojos—: ¿me prometes que serás bueno, que no harás nunca llorar á tu abuela?...

La interrumpió nuevamente ligero ruido.

— ¡No me parece la lluvia! — exclamó palideciendo—. ¡Vete á ver! Pero no, quédate aquí—. Y agarró á Federico por la mano.

Ambos permanecieron con la respiración en suspenso. No oían sino el ruido de la lluvia. Luego, ambos se estremecieron.

Tanto á uno como á otra les había parecido sentir pasos en el cuartito.

—¿Quién anda ahí?—preguntó el muchacho haciendo un esfuerzo.

Nadie respondió á su pregunta.

—¿Quién anda ahí?— volvió á interrogar Federico helado de miedo.

Pero apenas había pronunciado aquellas palabras, ambos lanzaron un grito de terror.

Dos hombres entraron en la habitación: el uno agarró al muchacho y le tapó la boca con la mano; el otro cogió á la abuela por la garganta; el primero dijo: «¡Silencio, si no quieres morir!»; el segundo: «¡Calla!», y la amenazó con un cuchillo. Uno y otro llevaban un pañuelo obscuro por la cara, con dos agujeros delante de los ojos.

Durante un momento no se oyó más que la entrecortada respiración de los cuatro y el rumor de la lluvia; la vieja apenas podía respirar de fatiga; tenía los ojos fuera de las órbitas.

El que sujetaba al chico le dijo al oído:

—¿Dónde tiene tu padre el dinero?

El muchacho respondió con un hilo de voz y dando diente con diente:

—Allá... en el armario.

—Ven conmigo—le dijo; y le arrastró hasta el cuartito, teniéndole cogido por el cuello. Allí había una linterna en el suelo.

—¿Dónde está el armario?—preguntó.

Federico, sofocado, señaló el armario.

Entonces, para estar seguro del muchacho, el hombre lo arrodilló delante del armario, y apretándole el cuello entre sus piernas para poderlo estrangular si gritaba, y teniendo la navaja entre los dientes y la linterna en una mano, sacó del bolsillo con la otra un hierro aguzado que metió en la cerradura, forcejeó, rompió, abrió de par en par las puertas, revolvió furiosamente todo, se llenó las faltriqueras, cerró, volvió á abrir y rebuscó; luego cogió al muchacho por la nuca, llevándole donde el otro tenía amarrada á la vieja, convulsa, con la cabeza caída y la boca abierta.

Este preguntó en voz baja: «¿Encontraste?»

El compañero respondió: «Encontré.»

Y añadió: «Mira á la puerta.»

El que tenía sujeta á la vieja corrió á la puerta del huerto á ver si se sentía á alguien, y dijo desde el cuartito con voz que pareció un silbido:

—Ven.

El que había quedado, y que todavía tenía agarrado á Federico, enseñó el puñal al muchacho y á la vieja, que volvía á abrir ya los ojos, y dijo:

—Ni una voz, ó vuelvo atrás y os degüello.

Y les miró fijamente á los dos.

En el mismo momento se oyó á lo lejos, por la carretera, un cántico de muchas voces. El ladrón volvió rápidamente la cabeza hacia la puerta, y con la violencia del movimiento se le cayó el antifaz.

La vieja lanzó un grito: «¡Monzón!»

—¡Maldita!—rugió el ladrón, reconocido—. Tienes que morir—. Y se volvió con el cuchillo levantado contra la vieja, que quedó desvanecida en aquel instante.

El asesino descargó el golpe. Pero con un movimiento rapidísimo, dando un grito desesperado, Federico se había lanzado sobre su abuela y la había cubierto con su cuerpo.

El asesino huyó, empujando la mesa y echando la luz por el suelo, que se apagó.

El muchacho resbaló lentamente de encima de la abuela, cayó de rodillas ante ella, y así permaneció, rodeándole con los brazos la cintura, y la cabeza apoyada en su seno.

Pasó algún tiempo; todo permanecía completamente oscuro; el cántico de los labradores se iba alejando por el campo.

La vieja volvió de su desmayo.

—¡Federico!—llamó con voz apenas perceptible, temblorosa.

—¡Abuela!—respondió el niño.

La vieja hizo un esfuerzo para hablar, pero el terror la paralizaba la lengua. Estuvo un momento silenciosa, temblando fuertemente. Luego logró preguntar:

—¿Ya no están?

—No.

—¡No me han matado!—murmuró la vieja con la voz sofocada.

—No... estás salvada—dijo Federico, con débil voz.—Estás salvada, querida abuela. Se han llevado el dinero. Pero padre... había recogido casi todo. La abuela espiró con fuerza.

—Abuela—dijo Federico de rodillas y apretándole la cintura—; querida abuela... me quieres mucho, ¿verdad?

—¡Oh, Federico! ¡Pobre hijo mío!—respondió aquélla, poniéndole las manos sobre

razón. Piensa, si no te debo perdonar. Levántate, niño mío. Ya no te reñiré nunca. ¡Eres bueno, eres muy bueno! Encendamos la luz. Tengamos un poco de valor. Levántate, Federico.

—Gracias, abuela—dijo el muchacho, con la voz cada vez más débil.—Ahora... estoy contento. Te acordarás de mí, abuela... ¿no es verdad? Os acordaréis todos siempre de mí... de vuestro Federico.

—¡Federico mío!—exclamó la abuela, maravillada é inquieta, poniéndole la mano en las espaldas é inclinando la cabeza hacia el niño, como para mirarle la cara.

—Sí, acordaos de mí—murmuró todavía el niño, con la



la cabeza—. ¡Qué espanto debes haber tenido! ¡Oh, santo Dios misericordioso! Enciende luz... No, quedémonos á oscuras; todavía tengo miedo.

—Abuela—replicó el muchacho—yo siempre os he dado disgustos á todos...

—No, Federico, no digas eso; ya no pienses más en ello, todo lo he olvidado: ¡te quiero tanto

—Siempre os he dado disgustos—continuó Federico, trabajosamente y con la voz trémula—; pero... os he querido siempre. ¿Me perdonas? Perdóname, abuela. Dime que me perdonas. Dímelo.

—Sí, hijo, te perdono; te perdono de co-

voz que parecía un soplo—. Da un beso á mi madre... á mi padre... á Luisita... Adiós, abuela...

—En el nombre del cielo, ¿qué tienes?—gritó la vieja, palpando afanosamente al niño en la cabeza, que había caído abandonada á sí misma en sus rodillas; y luego, con cuanto voz tenía en su garganta, gritaba desesperadamente: ¡Federico! ¡Federico! ¡Niño mío! ¡Amor mío! ¡Cielo santo, ayudadme!

Pero Federico ya no respondió. El pequeño héroe, el salvador de la madre de su madre, herido de una cuchillada en el costado, había entregado su hermosa y valiente alma á Dios.

EDMUNDO DE AMICIS.



PAMPLONA

LA VIEJA DE LA MURALLA (1)

AQUELLO no podía continuar. Toda la población estaba alarmada y pedía pronto y eficaz auxilio.

Diariamente caían enfermos numerosos vecinos, y nadie sabía la causa de aquel mal que los postraba en la cama con un agudo dolor en los huesos y una debilidad general y absoluta que acababa por matarlos.

Los unos lo atribuían á la mala alimentación, los otros á la calidad de las aguas. En realidad, ni unos ni otros estaban muy seguros de su diagnóstico, ni tenían fe alguna en lo que decían.

Se había observado que aquella desconocida epidemia hacía todas sus víctimas entre quienes vivían cerca de las murallas, que como un doloroso cinturón de piedra oprimían á la ciudad, ahogándola en aquel estrecho lazo.

La medicina no había adelantado todavía lo suficiente para deducir de esta observación la consecuencia natural, y, por otra parte, los estudios de higiene estaban todavía en mantillas.

No pudiendo, pues, encontrar en la ciencia la explicación que se buscaba, se apeló á la imaginación, y se inventaron mil historias á cual más fantásticas.

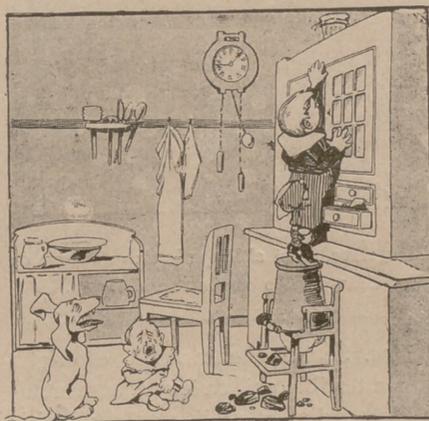
Cayó enferma una hermosa niña, que tenía la costumbre de corretear por las murallas.

(1) En el próximo número *El gaitero poeta*.—Galicia.

Se la encontró en su cuarto un ramo de flores silvestres, cogidas á lo largo de los viejos murallones, y se creyó haber descubierto el misterio.

Como es natural, la misteriosa enfermedad siguió haciendo de las suyas después de aquella monda, y hasta aumentó el número de víctimas.

EL SUPPLICIO DE TÁNTALO



Todos esperan regalarse con la anhelada golosina; pero la torre construída por el niño mayor, aún es pequeña. Si creciera un poco más...

Hablóse entonces de misteriosos seres que asaltaban todas las noches las murallas para esparcir por las calles los gérmenes de destrucción.

Durante mucho tiempo se montó una guardia permanente dentro y fuera del cerrado recinto. Y á todas horas se oían los gritos de los centinelas que, arma al brazo, se avisaban, unos rondando por las calles y otros formando un compacto cordón en torno de la ciudad.

Sin embargo, no pareció nadie, y aquella leyenda de los seres misteriosos cayó en el ridículo.

Al fin, los agobiados vecinos respiraron

LA FORASTERA



—Hijos, míos, está al llegar la tía que viene de Miguelturra. Es preciso que la recibáis bien.

satisfechos. Se había encontrado el origen de aquella terrible epidemia que, aumentando de día en día, había llegado á adquirir proporciones aterradoras. Esta vez no se equivocaban. La cosa iba de veras.

Lo había descubierto todo un pilluelo á quien debía la ciudad su salvación. En la muralla tenía su guarida una vieja, á quien nadie había visto hasta entonces, ni nadie podía explicarse de qué vivía.

Guarecíase en un oscuro y profundo desconchón, una especie de cueva abierta en lo alto de la muralla por la acción del tiempo.

Subía hasta allí arañando las piedras y apoyando los pies en las salientes.

En aquella ascensión la había sorprendido el pilluelo una tarde, cuando regresaba de buscar nidos en el campo.

La vieja llevaba á las espaldas un inmenso haz de hierbas.

Indudablemente ella era la causante de

todo. Tratábase de una hechicera que por malas artes iba destruyendo el pueblo poco á poco.

Se acudió á las autoridades, se abrió una información y pudo averiguarse que aquella anciana era solamente una pobre mujer que, sin casa ni hogar, se recogía en uno de los agujeros de la muralla, alimentándose de hierbas del campo y de las limosnas que recogía en los caminos. Por lo demás, era completamente inofensiva y nada debía hacerse contra ella. Algunos la compadecieron, aunque fueron los menos.

Pero el vecindario, obstinado en sus sospechas, no quiso dar su brazo á torcer y siguió pidiendo que se castigara á aquella bruja, expulsándola de la sociedad de las gentes honradas.

Como nadie hiciera caso de sus pretensiones, estalló un motín: los revoltosos se hicieron dueños de la ciudad y la pobre vie-

LA FORASTERA



Y en efecto, los niños hicieron á la tía un recibimiento superior, entusiasta, mucho mejor de lo que el padre podía esperar.

ja, sorprendida en su agujero, fué expulsada á golpes y á pedradas.

Logró huir á campo traviesa antes de que pudieran darle muerte sus perseguidores, y cuando se creyó segura, volviéndose, gritó:

—Acabáis de cometer la mayor de las injusticias. Yo no os había hecho ningún daño, ni sé hacerlo á nadie. Al contrario, destruyendo en lo poco que pude esas malditas murallas para labrarme allí una pobre vivienda, os hice un favor. Oidlo bien: esas murallas tienen la culpa de todo, ellas son las que os matan, ellas acabarán con la ciudad, á la que tienen sujeta en un cerco de muerte.

Los enfurecidos perseguidores detuviéronse asombrados ante la evidencia de lo que oían.

Aquella vieja tenía razón. ¡Cuán torpes habían sido!



El derribo de las murallas no era cosa tan fácil como se creyó en un principio.

Necesitábanse mil trámites que cumplir y un farrago de diligencias que realizar.

La población comenzó á desesperarse ante su impotencia.

Una diputación acudió á pedir auxilio al monarca, y éste, magnánimo y generoso, accedió á sus pretensiones y coadyuvó personalmente á que se cumplieran.

Las murallas fueron derribadas. La ciudad se ensanchó libre de trabas, respirando el saludable aire de los campos. La mortalidad cesó y el pueblo ardió en fiestas, celebrando su bienestar.

Aquella viejecilla, la vieja de la muralla, antes perseguida y calumniada, fué agasajada y enaltecida por el agradecimiento de todos.

Era la experiencia que había hablado á tiempo.

X. X.

POR NO SABER LEER

ERA el 2 de Julio de 1808.

Hacia dos meses que España sostenía una terrible lucha, conocida en la Historia con el nombre de *Guerra de la Independencia*, contra el ejército francés que había invadido nuestro territorio.

Los franceses dieron un ataque contra la ciudad de Jaén, que no les dió resultado á causa de la bravura con que los rechazaron sus habitantes.

Veinticuatro horas hacia ya que duraba el combate alrededor de la ciudad, cuando un joven de diez y ocho años, llamado León, que había dado grandes pruebas de valor y



pericia, reunió á los paisanos que combatían á su lado, jóvenes también como él, y les dijo:

—Compañeros: la patria exige de nosotros un heroico esfuerzo: estamos asediados de cerca por el enemigo y expuestos á sufrir un feroz saqueo como el de Córdoba, en el cual serán quemados nuestros hogares y asesinadas nuestras ancianas madres. Ya conocéis mis sentimientos; ya sabéis que yo considero á todos los hombres como hermanos, cualquiera que sea el país en que hayan nacido; ya sabéis que yo detesto la guerra y la condeno como el mayor de los crímenes; pero cuando vemos nuestro territorio invadido por un ejér-

cito feroz que nos arrebatara nuestra independencia y tala nuestros campos y saquea nuestros hogares, deber es de todo ciudadano salir á la defensa de la patria y aun sacrificar por ella hasta la vida. Alentados, pues, por este noble patriotismo, emprendamos una

Bien pronto encontraron un destacamento de suizos que estaba al servicio de los franceses y le atacaron decididamente, poniéndole en desordenada fuga, y haciendo prisionero al oficial que lo mandaba.

Aquellos valientes jóvenes, sobrecitados

CAMBIO DE SACOS Ó DONDE LAS DAN LAS TOMAN

I



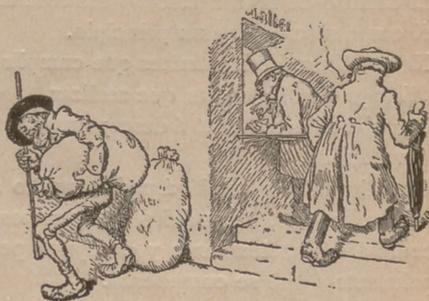
II



III



IV



Un labrador que había de venir á Madrid, á fin de no pagar el billete de su hijo, decidió meterle en un saco, y bien atadito se dirigió con él á la estación. Y ocurrió que, mientras el labrador tomaba el billete para él, llegó un burgués y dejó otro saco junto al suyo, saco que, en su precipitación, cogió el labrador, y...

salida para atacar heroicamente á nuestros tenaces enemigos. Arriesgada es la empresa...; el que se sienta con valor, que me siga.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, emprendió resueltamente su marcha hacia el campo, seguido de cien jóvenes valientes, á quienes también alentaba un patriótico entusiasmo.

por la lucha, intentaron quitar la vida al oficial; pero León, el héroe de aquella hazaña, se opuso, diciendo:

—No es digno de los nobles pechos españoles ensañarse con el vencido.

Dirigiéndose después al prisionero, le dijo:

—Puedes retirarte; te damos libertad sin condición alguna; sólo te ruego que, si con-

tinúas peleando contra la noble España, seas tan humano con los españoles como nosotros lo hemos sido contigo.

Conmovidó el oficial al oír las palabras de aquel generoso cuanto valiente joven, con-testó en estos términos:

León, resistiéndose con heroísmo para salvar á sus amigos, tuvo la desgracia de caer prisionero.

Enterado el general francés de la atrevida y valerosa hazaña del joven León, le llamó á su presencia, le habló, y trató de atraérselo

CAMBIO DE SACOS Ó DONDE LAS DAN LAS TOMAN

V



VI



VII



VIII



cada uno con su respectivo saco, se metieron en el coche, recibiendo con tranquilidad la visita del revisor de billetes. Cuando llegaron al punto de su destino bajaron del coche experimentando la satisfacción de haber engañado á la empresa, y se dirigieron á desocupar sus «maletas»... encontrando un cochino en la del labrador y un chico en la del burgués. El cambio de los sacos.

—Tu nobleza me inspira una resolución; juro no sacar nunca mi espada contra los españoles, y prometo influir en mi regimiento para que se pase al servicio de esta nación que engendra tan nobles hijos.

En aquel momento fueron sorprendidos por un escuadrón de caballería que les atacó rudamente, obligándoles á la retirada; pero

con dádivas y promesas, con el siniestro fin de que le sirviera de guía.

Algunos días después se encontraban los franceses cerca de Bailén, próximos al punto que ocupaban las tropas españolas mandadas por el general Castaños.

El jefe francés, general Dupont, quiso obligar al joven patriota á que le sirviese de

auxiliar contra los españoles; pero León, indignado, se negó resueltamente á ser cómplice de semejante crimen.

Irritado entonces el general francés, le mandó encerrar en un sótano del cortijo en que estaba alojado, amenazándole con la sentencia de ser pasado por las armas.

Transcurrieron tres días, que parecieron siglos á nuestro joven, sin ver á otra persona que á su implacable carcelero, el cual le hacía una visita cada veinticuatro horas para dejarle un escaso alimento y atormentarle con el anuncio de su próxima muerte.

El cuarto día de su prisión, después de la visita del carcelero, se puso á tomar el mezuquino sustento que le daban. Al partir el pan, observó con sorpresa que había dentro un papel escrito con lápiz.

—¡Un papel!...—decía agitado—. ¡Un papel con letras!... ¿Qué significará esto? Debe ser algún aviso importante... Sin duda, algún ser humanitario me quiere salvar. Pero yo no sé leer... ¡Ah! ¿Por qué no habré aprendido á leer?

Y empezó á dar vueltas en su estrecho calabozo, dominado por la más horrible desesperación, y repitiendo sin cesar: «¿Por qué no habré aprendido á leer?»

Así pasó el día y la noche. ¡Triste día y amarga noche fueron para el desgraciado León!

A la mañana siguiente se repitió la misma escena, y encontró dentro del pan otro papel igual al del día anterior.

La desesperación del joven llegó á su colmo.

—¿Qué haré?...—decía en su soledad.— ¿Podré fiarme del carcelero? No... me vendería...

Al poco rato entró de nuevo el carcelero, diciéndole:

DIEGO VIDAL.

(Se continuará.)



SEGÚN cuentan los más afamados y verídicos cronistas, Madrid, desde los primeros tiempos de su conquista, se gobernaba por estados: el de caballeros y el de pecheros ú hombres buenos. Por elección de unos y otros, sin intervención alguna del poder real, se conferían los cargos para el gobierno y buen régimen de la villa. Y con el fin de poner coto á los desmanes y arbitrariedades que de este estado de cosas resultaban, pues las justicias constituían por sí corporaciones regidas por reglamentos particulares, parece que el rey D. Alonso X pensó en robustecer la acción de su poder relativamente á esta Villa, decretando que se gobernase por el fuero de las leyes. Otros autores afirman que tal determinación no corresponde al rey Alonso X, sino que fué decretada por Alfonso XI de Castilla, á 8 de Mayo de 1339. En esta fecha, pues, comenzó Madrid á regirse por las leyes castellanas.

M.

Á NUESTROS LECTORES

No hay por qué darnos gracias por lo que sólo es un acto de justicia. Cuando ofrecemos una cosa es porque la tenemos en nuestro poder y á vuestra disposición. Y entendedlo bien: nunca decimos una cosa que no hayamos de cumplir. Si otras empresas defraudaron vuestras esperanzas, la que tiene el honor de dirigiros la palabra desde las columnas de ROSA Y AZUL no pertenece á ese género.

Nos satisface que el mapa haya sido del agrado de nuestros suscriptores y de los lectores de Madrid que le han visto en la Redacción.



LA CURIOSIDAD

PUES señor: un día cierto rey se perdió en un bosque donde se hallaba de caza; y buscando la salida para que no le sorprendiera la noche, halló un camino muy estrecho y lleno de maleza.

Comenzó á andar por él con mucho cuidado, y á los pocos pasos oyó hablar. Se aproximó al lugar del que la voz partía, y vió un hombre y una mujer que cortaban leña.

La mujer decía á su marido:

—¡Qué mala ha sido nuestra madre Eva! ¡Por qué comería aquella manzana! ¡Si ella no hubiera desobedecido á Dios, no nos veríamos condenados á trabajar todos los días y á ganar el pan con el sudor de nuestra frente.

El leñador le respondió:

—Si Eva fué glotona, su marido Adán fué un estúpido, pues hizo lo que ella le aconsejó. Si yo hubiera estado en su lugar, y me quisieras hacer comer el fruto prohibido, te hubiera suministrado un sofión.

El rey se presentó entonces delante de ellos, y les dijo:

—Vosotros sufrís bastantes trabajos, mis pobres amigos, ¿no es verdad?

—¡Oh, ya lo creo!—exclamaron ellos sin conocer al rey—. Trabajamos desde el amanecer hasta la noche, y apenas ganamos lo necesario para comer.

—Venid conmigo, yo os procuraré los medios de vivir sin trabajar.

En aquel momento llegaron los oficiales de la comitiva real, y los pobres esposos se encontraron asombradísimos reconociendo su fortuna.

Cuando se hallaron en palacio, hizo el rey que se les diesen buenos trajes, habitaciones y servidumbre; todos los días les eran servidos en la mesa doce platos diferentes y exquisitos manjares. Al cabo de un mes, en lugar de estos doce platos tuvieron veinticuatro; mas en medio de la mesa se puso uno cubierto.

La mujer, que era curiosa, quiso descubrir el plato desde luego, pero un oficial que se hallaba presente, le dijo que el rey había prohibido que fuese tocado, y no permitió que los esposos vieran el contenido. Cuando salieron los criados, observó el marido que su mujer no comía, y que estaba muy triste.

—¿Qué tienes, mujer?—le preguntó.

—Nada de lo que hay sobre la mesa me gusta—contestó la mujer—; tan sólo quisiera comer de lo que encierra ese plato cubierto.

—¡Diablo!—exclamó el marido con gravedad—; no pienses en ello, mujer; ¿no has oído que el rey nos ha prohibido el tocarlo?

—¡El rey!... el rey es injusto—afirmó la mujer—; pues si no quería que de él comiésemos no debiera haberle mandado poner en nuestra mesa.

Y empezó á llorar amargamente, diciendo que moriría si su marido no consentía en descubrir el plato.

Cuando el esposo vió las lágrimas de su mujer, á quien amaba de corazón, no vaciló en calmar su pena, dándole el gusto que deseaba, y en el momento descubrió el plato fatal.

Un ligero pajarillo salió de repente de aquel reducido espacio, y huyó revoloteando por la estancia. En vano el hombre y la mu-

jer, corrieron á cogerle; después de haberse fatigado sin fruto, el pájaro se salvó en un agujero, á tiempo que el rey se presentó en el umbral.

—¿Dónde está el pajarillo?—preguntó el monarca.

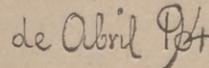
—Señor—respondió el marido—, mi mujer me ha martirizado para que descubriese el plato; yo, por no verla sufrir, la he obedecido, y el pájaro se ha escapado.

—¡Hola, hola!—dijo el rey—¡eras tú el que

decías que en el lugar de Adán hubieras dado un sofión á tu mujer? Y á ti, mujer curiosa y glotona, ¿no te bastan veinticuatro manjares diferentes que, como Eva, quisiste abusar de la liberalidad de tu bienhechor y comer del fruto que te había prohibido? ¡Andad, volved á trabajar al bosque, y no censuréis á Adán y Eva, puesto que habéis cometido una torpeza parecida á la que de ellos criticásteis.

Remitido por MARÍA CANO IZQUIERDO.

GARTAS ILUSTRADAS

Madrid  de Abril 

Querido Juanito:

Tu catarro sigue igual, según me dices en tu ; pero no te aflijas, pues yo estoy en  con  una, así es que tengo un genio de 2000  y tú encima pides , pero yo no puedo darte a causa de haberlo gastado  en  y en un  de , que me gustó mucho. No te mando nada por que estás acatarrado; tómate un  y  rá.

Tu affmo.

Eduardo Pinar

EL CEMENTERIO

CASI á la orilla del mar, y escuchando sus rumores, se alza el sagrado lugar donde van á terminar venturas y sinsabores.

Cuando la luz plateada de una luz sin celaje llena la extensión callada y brilla en la nacarada espuma del oleaje,

y con dulce movimiento, columpiándose en las frondas, murmura el tranquilo viento mezclando su grato acento con el gemir de las ondas,

una voz, dulce y querida, que en esperanza convierte el dolor de la partida, nos dirá que hay una vida vencedora de la muerte.

Así, aunque no han de volver aquellos varios acentos con que supo conmover los más hondos sentimientos que luchan en nuestro ser, sobre la tierra medrosa quedó la figura pálida de un cuerpo que en paz reposa... ¡mas el cuerpo es la crisálida, y el genio la mariposa!

Lejos de la noche umbría volará sobre las flores que engendró la fantasía robando su luz al día y al espacio sus colores.

Y sin dejar en la historia un solo rastro sangriento, será eterna su memoria mientras viva un sentimiento, mientras fulgure una gloria...

Remitida por ISIDORO ALONSO.

CLEMENTINA

CLEMENTINA, niña encantadora, delicia y esperanza de sus padres, paseaba por el jardín, cuando viendo en la enramada un nido de pájaros, se dió tal maña, que, acercándose con suma cautela, logró atrapar la madre. La infeliz, á pesar de su viveza, estaba tiernamente entretenida, dando á sus hijuelos de comer.

Clementina corrió presurosa á presentársela á su madre.

—¡Oh, mamá!..., ¡mamá!—exclamaba la niña sin poder contener su gozo.—¡Mira qué hermoso pájaro! ¡Ah!, cuando se acostumbre á estar con nosotros, ¡qué bien cantará! ¿No oyes cómo pía?

—Eso es que llora—dijo la amorosa madre.

—¡Llora!—prorrumpió Clementina con angustia—; ¡llora!, ¿y por qué mamá?

—¡Ay!, fué arrebatada del nido en que criaba á sus hijos... se ve sin familia...

—¿Y qué será de los pajaritos?

—Ahora estarán llorando también, y llamarán inútilmente á su madre... ¡Desdichados!, habrán de morir de hambre ó de frío.

Oyendo estas palabras Clementina, en un doloroso estado de angustia, miraba alternativamente á su madre y al pajarillo.

—¡Cómo!—exclamó—¿con que esos pobrecitos estarán ahora como yo me hallaría si me hubieran quitado mi madre?

—Lo mismo, hija mía. ¿Qué desearías entonces?

—¡Ah!, que me la devolviesen al instante—dijo la niña arrojándose en los brazos de su madre; en tanto que, abandonado el pajarillo, voló al punto á dar consuelo y vida á sus hijuelos.

¿No os parece que Clementina llegará á ser una joven sensible, encantadora y benéfica?

VICTORIANO A. DE CONTRERAS.

NUESTROS «DILETTANTIS»



¡Oh delicias de la música mala! Hasta á los que la tocan hace dormirse.

CHIRIGOTA

LA dueña de un almacén de modas había preparado una muestra concebida en estos términos: «Para reedificar la puerta de delante, el ingreso se hará por la de atrás».

Este cartel lo había preparado con cola para fijarlo enfrente del almacén, y hablando con un parroquiano, se lo dejó olvidado sobre una silla. Entretanto, entra en la tienda una señora y, distraída, se sienta en la silla en que estaba el cartel; y después de recibir los géneros que había pedido, se marchó, llevándose la inscripción pegada.

Al salir á la calle pasó junto á un joven tímido, que, no atreviéndose á llamarle la atención, dijo:

—¡Pobre señora!

RAFAEL BARRIO JORDÁ.

En preparación una bonita novela de E. de Amicis, titulada

DÍA FELIZ

cuya publicación comenzaremos en breve.



RESULTADO DEL TERCERO

Según decíamos en el número anterior, hemos recibido 1.968 soluciones exactas á este concurso. El refrán quedaba modificado en esta forma:

El perro del herrero duerme á las martilladas y despierta á las cucharadas.

Sometidas las tarjetas á un sorteo, que han presenciado D. Sebastián Menéndez y don Rafael Sánchez Dávila, resultaron premiadas las siguientes:

Premio 1.º, Carlitos Guijarro, de Salamanca.

Premios 2.º al 12: Antonio Aguirre (se ignora el punto de residencia); Pilar Palacio, de Madrid; Ramon Camines, de Segovia, Vicente Luna, de Valencia; Encarnación Marín, de Madrid; Eulogio Sanchidrián, de Coruña; Bernardo Muñoz, de Romancos; María Paz Alvarez, de Pravia; Segismundo Rodríguez, de Madrid; Carmita Pozo, de Granada, y Rafael Fernández, de Hornachuelos.

Premios 13 al 25: J. Corral, de Madrid; Leonor Martínez, de Ciudad Real; Margarita Díaz, de Madrid; Ricardito Sánchez, de Sevilla; Concha López, de Calatayud; Manolo Hernández, de Puebla del Caramiñal; Enriqueta Lahoz, de Jerez; Juana Pozo, de Madrid; Timoteo Bustillo, de Logroño; Eusebio Delgado, de Málaga; Sebastián Machimbarrrena, de Vitoria; Leonardo Jiménez, de Madrid, y Paquita Poblet, de Tarrasa.

Pueden pasar por esta Administración ó

enviar persona autorizada para recoger los premios.

En el próximo número publicaremos el resultado del cuarto concurso, para el cual hemos recibido 8.146 tarjetas con soluciones.

EL QUINTO

Se abre un nuevo concurso que consiste en descifrar lo que representa el dibujo siguiente:



Bases para tomar parte en el concurso:

1.ª Los concursantes pueden remitir cuantas soluciones deseen siempre que no pasen de diez.

2.ª Las contestaciones deben venir precisamente en nuestras tarjetas postales.

3.ª A medida que se reciban las soluciones se las pondrá el número de orden á las que resulten exactas, y si la cantidad recibida fuese mayor que la de premios, las tarjetas serán sometidas á un sorteo.

4.ª Las soluciones pueden remitirse hasta el día 31; á las ocho de la noche quedará cerrado el concurso.

Lista de premios:

Premio 1.º, un bonito reloj de bolsillo; 2.º al 13, veinte tarjetas postales para concursos, crítica, pasatiempos, etc.; premios 14 al 25, diez tarjetas postales.



A la mayor brevedad nuevo y original concurso que consiste en...



Miguel Bello.—Villena.

ROSA Y AZUL es Revista
instructiva de verdad,
y tiene versos y cuentos
propios para nuestra edad.

Gregorio Tudela.—Logroño.—¿Por qué no publican una novela en folletines?

J. Guillén.—Villena.

Las páginas musicales
son las que á mí me entusiasman;
fuera bueno que insertasen
alguna para guitarra.

Luis Ruedas Ledesma.—Toledo.

La Revista AZUL Y ROSA
me gustaba por lo hermosa;
mas salió ROSA y AZUL
y me gusta más aún.

Rafael Fernández.—Hornachuelos.—Haga el favor de no enviar más música, porque yo no la entiendo, y publique cartas con monos.

Carlos Goyenechea.—Madrid.—ROSA Y AZUL es el más bonito de los periódicos que se han publicado hasta el día para niños.

I. Corral.—Idem.

Me gusta ROSA y AZUL
porque instruye y es bonito,
y á su digno Director
con placer le felicito.

Antonio Martínez.—Hornachuelos.

ROSA y AZUL me distrae
sacando sus pensamientos,
y también me gustan mucho
sus poesías y cuentos.

Julio Talegón.—Madrid.

A un muchacho pregunté
qué periódicos había,
me contestó que uno solo:
en ROSA y AZUL leía.



N. y J. Campa.—Madrid.—Admitidos sus trabajos.

R. Gadea.—Idem.—Vuelvo á indicarle que por ahora no publicamos pasatiempos ilustrados.

F. Penalba.—Valencia.—Tiene usted razón. Fué un error de la imprenta. Envíe á buscar el premio.

Sastre Araujo.—Idem.—Vuelvo á repetirle que no admitimos pseudónimos. Aquí todos estamos bautizados, gracias á Dios. De la carta ilustrada... querría yo más originalidad. Déjeme echar fuera algunas cosillas y hablaremos del concurso.

G. Farrán.—Barcelona.—Admitida su carta.

V. Más.—Vea usted lo que digo á Jimena en otro número. Los pasatiempos irán saliendo. Los versos no están bien.

R. Porres.—Miranda.—Admitido.

B. Pérez.—Madrid.—Entra en turno.

E. Pinar.—Idem.—Idem, id.

L. Hernández.—Idem.—Idem la carta.

A. Méndez.—Granada.—Tienen gracia. Los publicaré.

P. Rubio.—Madrid.—Amigo Rubio: ¿se ha figurado usted que vamos á convertir la Revista en buzón de declaraciones amorosas? Eso lo pone usted un sello ó al Continental.

L. Bustos.—Admitido.

A. García.—Idem.

A. Lluch.—Barcelona.—Su carta ilustrada no está en condiciones. Vea usted lo que sobre este asunto se ha escrito.

M. Lancho.—Madrid.—Aprovecharé algo. En el dibujo hay que apretar más, amiguito; porque intención tiene usted.

C. Iglesia.—Miranda.—Entra en turno.

E. Inciarte.—San Sebastián.—En esa forma es en la única que puede llegar.

A. Moreira.—Valencia.—Sí, señor; regalados.

M. C. Izquierdo.—Admitido.

M. Castañs.—Madrid.—Cuando recibí su carta ya estaba imposibilitado de complacerle. No envíe usted sonetos fúnebres. Admitida la carta ilustrada.

C. Bustos.—Idem.—Entra en turno.

A LOS IMPACIENTES.—Las cartas se contestan por turno riguroso; pero luego viene la imprenta y no puede insertar en un número todo el original que tengo dispuesto. Paciencia, pues, amiguitos.



TARJETA por M. Bellod.



Combinad las letras y hallaréis el nombre y apellido de un aplaudido autor y el título de una de sus obras.

JEROGLÍFICO por M. Fraile.

Nota K nota nota I nota y
go nota

CUADRADO por M. Navarro.



Sustituid los puntos por letras de modo que se lea horizontal y verticalmente: 1.º, en el árbol; 2.º, en el mar; 3.º, pueblo, y 4.º verbo.

JEROGLÍFICO por Dos amigos.

Agua de Loeches
ENTRE
Agua de Carabaña

TARJETA por J. Chaves.

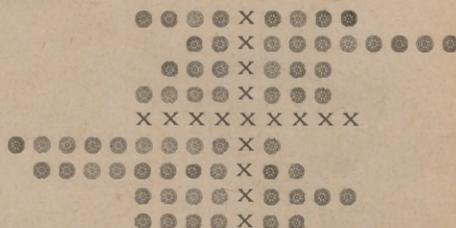


Combinense las letras de modo que se obtenga el nombre y apellido de un español eminente.

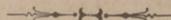
ADIVINANZA por B. Fierro.

¿Qué verbo dice lo mismo leído al derecho y al revés?

SUSTITUCIÓN por L. Ordoño.



Sustituid las equis y puntos por letras y buscad: por las equis el nombre de un semanario, y por los puntos lo que contiene.



SOLUCIONES

AL JEROGLÍFICO por F. Loredo:

DE SOBREMESA

A LA FUGA DE VOCALES por F. Baraibar:

Las gotas de sangre roja
vertidas en la inocencia
son rositas coloradas
en cálices de azucenas.

A LOS JEROGLÍFICOS por M. Cros:

1.º, ESTERNÓN; 2.º, GUANTES DE PUNTO

A LA TARJETA por L. Bustos:

BENITO PÉREZ GALDÓS.—EL ABUELO.
ESPAÑOL

A LA ADIVINANZA por M. Albarrán:

EN QUE LLEVAN HACHAS

AL ROMBO por E. del Olmo:

F
S E R
F E L I X
R I O
X

A LA ADIVINANZA por V. Mas:

NO ESTAR CIEGO

A LA SUSTITUCIÓN por A. C. Rueda:

DICENTA

AL JEROGLIFICO por F. Villaverde:

CASERÍO

A LA CHARADA por L. Ordoño:

PEZ

ROSA Y AZUL

(TODO PARA NIÑOS)

Número suelto: 15 céntimos.—REVISTA SEMANAL ILUSTRADA.—Número suelto: 15 céntimos.

Redacción y Administración: Jardines, 15.—MADRID

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN:

ESPAÑA

Un año: 52 números de la Revista y el mapa 6 pesetas.

Ses meses: 26 ídem íd. y 10 tarjetas..... 3 —

EXTRANJERO

Un año: 52 números de la Revista y un mapa 12 pesetas.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D.

residente en provincia de

calle número cuarto

se suscribe á Rosa y Azul por meses, y envía su im-
porte en (1)

..... de de 1904.

El suscriptor,

(1) Libranza, sellos que no excedan de una peseta, sobre monedero ó en la forma que más le convenga.

PARA LOS NO SUSCRIPTORES

Cupón regalo núm. 3.

La presentación de 52 cupones con la numeración correlativa
da derecho á un magnífico mapa de España.

ROSA Y AZUL

(Todo para niños)



Jardines, núm. 15

MADRID



FAMOSO METODO DE LECTURA
EL SIGLO DE LOS NIÑOS

DECLARADO DE TEXTO

Pepe 1.º (1.ª sección), económ. ^a	0,25 ptas.
> 1.º (2.ª sección)	0,25 >
Pepe 1.º, lujo	0,50 >
Pepe 2.º	0,50 >
Pepe 3.º	0,75 >
Pepe 4.º	1,00 >

Los señores Maestros y Libreros obtendrán descuentos proporcionados al importe del pedido.

MÉTODO CÍCLICO

EL MISMO DE LA

ESCUELA MODELO DE MADRID
 de tan brillantes resultados
 y proclamado por los señores Maestros.

Asignaturas primer grado.

	[Ptas.]
Doctrina Cristiana y Nociones de Historia Sagrada	0,15
Lengua castellana	0,15
Aritmética	0,15
Geografía é Historia	0,15
Rudimentos de Derecho	0,15
Nociones de Geometría	0,15
Idem de Ciencias Físicas, Químicas y Naturales	0,15
Idem de Higiene y Fisiología Humana	0,15
Agricultura	0,15
Industria y Comercio	0,15

CATECISMO

RIPALDA Ó ASTETE

	Precio neto del roo.
Litografía en negro	3 ptas.
Negro y plata	3 >
Cromo con oro	3 >
Cartoné negro y plata	6 >
Lujo tapas doradas	7 >

Pidan tarifas de precios y condiciones al depósito general del *Método de lectura El siglo de los niños*, calle de Jardines, 15, Madrid, Sra. Hija de Gómez Tutor.

Talleres de fotograbado

DE LOS

SUCESORES DE E. PAEZ

Directo, línea, zincografía.

Precios sin competencia.

Quintana, 38.—MADRID

MADRES Existen cajas falsificadas de la *Denticina* que han imitado bien para sorprenderos, pero causan graves trastornos en las criaturas. La legítima, 3 pesetas.

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

ESTÓMAGO Las acedías, dispepsias, gastralgias, úlceras, diarreas, vómitos y cuanto revela malas digestiones se cura con *Perla Estomacal F. Moreno*. Conocida en todo el orbe. Caja: 3,50 pesetas (antes 10 reales).

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

PAPILLA PARA LA BABA, EN LÍQUIDO



Las madres la conocen por sus efectos, y sus hijos la toman con avidez. Frasco, 0,50 y 1 peseta. Para provincias tenemos la *Papilla* en polvo, caja con 10 papeles, que vale 2 pesetas. Para su uso y demás instrucciones léase el prospecto. Desconfíen de las imitaciones, porque la

verdadera *Papilla*, única y exclusivamente se despacha en esta casa.

Oficina de farmacia de D. Luis Fornés Grimalt
 San Bernardo, 70, Madrid (frente al Noviciado)

SASTRERÍA EL INFANTE NIÑOS



26 PRECIADOS, 26
 Preciosos trajes de 5 á 40 pts.
 Gabanes novedad de 15 á 50.
 Rusos, gran abrigo, de 18 á 25.
 Cuellos novedad, chalinas,
 gorras y colección grandiosa
 en géneros para la medida.

PRECIO FIJO

LA PREVISION PATERNAL

SOCIEDAD MUTUA ESPAÑOLA

SEGUROS PARA NIÑOS

en distintas combinaciones.

Pólizas pagadas en Enero y Febrero del año actual:

112.241,44 pesetas.

Dirección: Carmen, 25.—MADRID